

VII

A TRISTEZA, TRISTEZA Y MEDIA

Todas las situaciones tienen su instinto. La vieja y eterna madre naturaleza advertía sordamente á Juan Valjean la presencia de Mario; y Juan Valjean temblaba en lo más obscuro de su pensamiento; no veía nada, no sabía nada, y consideraba, sin embargo, con obstinada atención las tinieblas en que estaba, como si sintiese por un lado una cosa que se construyera, y por otro una cosa que se derrumbase. Mario, avisado también, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma madre naturaleza, hacía todo lo que podía por ocultarse «del padre.» Pero alguna vez sucedía que le veía Juan Valjean. Los ademanes de Mario no eran del todo naturales. Tenía accesos de prudencia miopes y de temeridad fría; ya no se acercaba como antes, se sentaba lejos y permanecía en éxtasis; llevaba un libro, y hacía que leía. ¿Por qué hacía que leía? Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los días la levita nueva; no podía asegurarse que no se rizaba el pelo; tenía los ojos picarescos, y usaba guantes. En una palabra, Juan Valjean detestaba cordialmente á aquel joven.

Cosette no dejaba adivinar nada. Sin saber exac-

tamente lo que tenía, conocía que era una cosa que debía ocultar á su padre.

Había entre el gusto del tocador que había adquirido Cosette y la costumbre de usar levita nueva de aquel desconocido, un paralelismo importuno para Juan Valjean. Esto era una casualidad tal vez, sin duda, seguramente; pero una casualidad amenazadora.

Nunca había abierto la boca para hablar á Cosette de aquel desconocido. Un día, sin embargo, no pudo contenerse, y con esa vaga desesperación que introduce de repente la sonda en su desgracia, le dijo:

—¡Qué aire tan pedante tiene ese joven!

Cosette el año antes, es decir, cuando era niña indiferente, hubiera respondido:—No, es un joven simpático. Diez años después, con el amor de Mario en el corazón, habría respondido:—¡Sí, es un pedante insoportable! ¡Tenéis razón! En el momento de la vida y del estado de corazón en que se encontraba, se limitó á contestar con una calma suprema:

—¡Ese joven!

Como si le mirase por primera vez en su vida.

—¡Qué estúpido soy!—pensó Juan Valjean.—Cosette no se había fijado en él aún; yo soy quien se le enseño.

¡Oh inocencia de los viejos! ¡Oh profundidad de la juventud!

También es una ley de esos frescos años de padecimientos y de cuidado, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos, que la joven no se deje coger en ningún lazo, y el joven caiga en todos. Juan Valjean había empezado contra Mario una guerra sorda, que éste, con la sublime estupidez de su pasión y de su edad, no adivinó. Juan Valjean le tendió una porción de emboscadas; cambió de

horas, cambió de banco, olvidó su pañuelo, fué solo al Luxemburgo: Mario cayó de cabeza en todos estos lazos, y á todos estos interrogantes plantados en su camino por Juan Valjean, respondió ingenuamente:—Sí. Mientras tanto, Cosette seguía encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Juan Valjean sacó esta conclusión:—Ese necio está enamorado locamente de Cosette; pero Cosette ni siquiera sabe que existe.

Mas no por esto era menor la agitación dolorosa de su corazón. De un instante á otro podía sonar la hora en que Cosette empezase á amar. ¿No empieza todo por la indiferencia?

Sólo una vez Cosette cometió una falta, y le asustó.

Se levantó del banco para marcharse, después de haber estado allí tres horas, y Cosette le dijo:—¡Tan pronto!

Juan Valjean no había interrumpido sus paseos al Luxemburgo, porque no quería hacer nada singular, y porque temía sobre todo que Cosette notase algo; pero en aquellas horas, tan gratas para los dos enamorados, mientras que Cosette enviaba una sonrisa á Mario, embriagado de placer, que permanecía completamente abstraído de todo, y no veía nada en el mundo más que aquel rostro adorado, Juan Valjean le miraba con ojos chispeantes y terribles; y él, que había concluido por no creerse capaz de un sentimiento malévolos, tenía momentos, cuando Mario estaba allí, en que creía volverse salvaje y feroz, y sentía que se abrían y levantaban contra aquel joven las antiguas profundidades de su alma, que habían alimentado en otro tiempo tanta cólera. Le parecía que se volvían á formar en su corazón cráteres desconocidos.

¿Cómo estaba allí aquel ser? ¿Qué iba á hacer allí?

¿Iba á espiar, á escudriñar, á examinar, á probar? ¿Venía á preguntar algo? ¿Venía á dar vueltas al rededor de su vida, á dar vueltas al rededor de su felicidad para arrebatársela?

Juan Valjean añadía:—Sí; eso es. ¿Qué viene á buscar? ¿Una aventura? ¿Qué quiere? ¡Un amorío! ¡un amorío! ¡Y yo! ¡Qué! ¡Habré sido primero el hombre más miserable, y después el más desgraciado; habré pasado sesenta años viviendo de rodillas; habré padecido todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin haber sido joven; habré vivido sin familia, sin padres, sin amigos, sin mujer, sin hijos; habré dejado sangre en todas las piedras, en todos los espinos, en todas las esquinas, en todas las paredes; habré sido bueno, aunque hayan sido malos conmigo, y afable aunque hayan sido duros; me habré hecho bueno á pesar de todo; me habré arrepentido del mal que he hecho, y habré perdonado el que me han causado, y en el momento en que recibí mi recompensa, en el momento que toco el fin, en el momento que tengo lo que quiero, que es bueno, que lo he pagado, lo he ganado, desaparecerá todo, me se irá de las manos, perderé á Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque á un necio le haya gustado venir á vagar por el Luxemburgo!

Entonces sus ojos despedían una claridad lúgubre y extraordinaria. No era ya un hombre que miraba á otro; era un enemigo que miraba á otro enemigo; un perro de presa que miraba á un ladrón.

Ya sabe el lector lo demás; Mario continuó siendo insensato. Un día siguió á Cosette á la calle del Oeste; otro día habló al portero, y el portero habló á Juan Valjean, diciéndole:

—Señor, ¿qué querrá un joven curioso que ha preguntado por vos?

Al día siguiente, Juan Valjean dirigió á Mario

aquella mirada que al fin notó el joven. Ocho días después, Juan Valjean se mudó, prometiéndose no volver á poner los piés, ni en el Luxemburgo, ni en la calle del Oeste; y se volvió á la calle Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no preguntó nada, no trató de saber ningún por qué; estaba ya en el período en que se teme ser descubierto y vendido. Juan Valjean no tenía experiencia ninguna de estas miserias, únicas agradables y únicas que no conocía, lo cual fué causa de que no comprendiese la grave significación del silencio de Cosette. Solamente observó que estaba triste, y se puso sombrío. Por una y otra parte dominaba la inexperiencia.

Un día hizo una prueba y preguntó á Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

—Sí,—contestó.

Fueron: habían pasado tres meses: Mario no iba ya; Mario no estaba allí.

Al día siguiente, Juan Valjean volvió á decir á Cosette:

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Y respondió triste y dulcemente:—No.

Juan Valjean quedó dolorido de esta tristeza, y lastimado de esta dulzura.

¿Qué pasaba en aquella alma tan joven todavía y tan impenetrable ya?

¿Qué transformación se estaba verificando en ella? ¿Qué sucedía en el alma de Cosette? Algunas noches, en vez de acostarse Juan Valjean, permanecía sentado cerca de su lecho, con la cabeza entre las manos, y pasaba la noche entera preguntándose:—¿Qué hay en el pensamiento de Cosette?, y pensando en las cosas en que ella podía pensar.

¡Oh! En aquellos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas volvía hacia el claustro, á aquella cúspide

casta, á aquel jardín del convento, lleno de flores ignoradas, y de vírgenes encerradas, en que todos los perfumes y todas las almas subían directamente al cielo! ¡Cómo adoraba aquel Edén cerrado para siempre, de que había salido voluntariamente y descendido con tan poca previsión! ¡Cómo se lamentaba de su abnegación y de su demencia de haber vuelto á Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés!—¡Cómo!—se decía:—¿Qué he hecho?

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto. Juan Valjean no tenía para ella peor humor, ni más rudeza: siempre la misma fisonomía serena y buena; sus modales eran más tiernos y más paternales que nunca; si algo hubiera podido haber en que se adivinase su falta de alegría, habría sido su mayor mansedumbre.

Cosette, por su parte, iba decayendo de ánimo. En la ausencia de Mario padecía, como había gozado en su presencia sin explicárselo. Cuando Juan Valjean dejó de llevarla á sus paseos habituales, un instinto de mujer murmuró confusamente en el fondo de su corazón que no debía manifestar afición al Luxemburgo, y que si este paseo le parecía indiferente, su padre la llevaría á él. Pero pasaron los días y las semanas y los meses. Juan Valjean había aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Esto sintió, pero ya era tarde. El día que volvió al Luxemburgo, Mario había desaparecido. ¿Qué hacer entonces? ¿Volvería á encontrarle? Sintió una opresión en el corazón, que nada podía disminuir, y que se aumentaba cada día. No supo ya si era invierno ó verano, ó si había sol ó lluvia, si los pájaros cantaban, si era la estación de las dalias ó de las margaritas, si el Luxemburgo era más bonito que las Tullerías, si la ropa que traía la planchadora estaba

bien ó mal almidonada; si la tía Santos había hecho buena ó mala «compra;» quedó oprimida, absorta, atenta sólo á una idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la noche el sitio negro y profundo en que se ha desvanecido una aparición.

Pero tampoco dejó traslucir nada á Juan Valjean más que su palidez: continuó mostrándole su rostro amable.

Aquella palidez era muy bastante para alarmar á Juan Valjean. Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?

Y ella respondía:

—No tengo nada.

Y después de un rato de silencio, como ella adivinaba también su tristeza, le decía:

—Y vos, padre, ¿tenéis algo?

—¿Yo? Nada,—contestaba.

Aquellos dos seres, que se habían amado tan exclusivamente y con tan tierno amor, y que habían vivido por tanto tiempo el uno para el otro, padecían ahora cada uno por su lado, uno á causa de otro; sin culparse mutuamente y sonriendo.